



Novela / 'Si viviéramos en un lugar normal'

## «México no es surrealista, es cruel, terrible»

LAURA FERNÁNDEZ / Barcelona

Esta es la historia de Orestes, un chico que ha crecido en un pueblito pobretón, convulso y mexicano llamado Lagos de Moreno, un pueblito en el que hay más vacas que personas y más curas que vacas. Orestes, Oreó, el chico con nombre de galleta, está aburrido de ser pobre y desde que sus pequeños hermanos gemelos desaparecen en la cola de la salchichonería, sueña con hacerlo él también, con dejar de vivir en una caja de zapatos (la casa familiar, en la cima de un cerro) y con dejar de tener que disputar cada quesadilla que se come con el resto de sus muchos herma-

nos. Pero, ¿a dónde ir, si como dice siempre su padre, «todas las ciudades son iguales, unas más grandes, otras más pequeñas, más feas o más bonitas, pero iguales»? El protagonista de la segunda novela de Juan Pablo Villalobos, *Si viviéramos en un lugar normal* (Anagrama), es una suerte de Holden Caulfield atrapado en uno de los mundos absurdos diseñados por el delirante genio de Alfred Jarry.

«Los mexicanos hemos acabado creyéndonos que aquello que se dice de nosotros es cierto. Que porque André Bretón dijo que México es un país surrealista, mágico y maravilloso, lo es. Y que luego lo

dijeran Luis Buñuel y Artaud tampoco ayudó. Es surrealista que haya cabezas en las calles, pero eso no significa que esté bien. Hemos aprendido a justificar todo lo terrible que tiene México con esa palabra. Y México no es surrealista, no es mágico, es cruel, terrible», asegura el autor, a quien su primera novela, el pistoletazo de salida de la trilogía que pretende explorar la realidad política, económica y social de su país desde la intimidad de una familia, *Fiesta en la madriguera*, le cambió la vida. Traducida a 15 idiomas, a punto de estrenarse su versión teatral y con la cinematográfica en marcha, la novela

le ha convertido en una de las voces más respetadas de la literatura mexicana. Y eso que, como él dice, «la literatura mexicana es, como la literatura española, muy solemne», y lo suyo es el humor. «Escribo así porque no sé hacerlo de otra manera. Sólo puedo explorar la realidad a través del humor», dice. El humor entendido como arma «con la que luchar contra el poder».

El ex presidente mexicano Carlos Salinas de Gortari iba a ser el protagonista de la novela que ha acabado protagonizando el chico con nombre de galleta. Y quién sabe, quizá sea el tipo con el que Oreó se cruza en su viaje de arre-

glacachivaches por el país y que se presenta ante él como político y le pide que invente una vida dramática para poder trabajar con él. «El PRI ha creado en México una cultura basada en la corrupción y la desigualdad, que va más allá de la política, porque está muy arraigada en la sociedad mexicana. Yo recuerdo de pequeño esperar tres horas para llenar el tanque de la gasolina del coche con mi padre porque el gobierno había dicho que al día siguiente se duplicaría el precio de la gasolina. Y la cosa no ha cambiado mucho. Los precios suben y bajan en función de los intereses de unos pocos, las minorías para quien gobierna el presidente. Lo único que puedo decir es que el México de hoy está aún peor que el de Oreó (el de la década de los años 80) y tirando a aún peor», sentencia.